

025-
NOVELAS ESPAÑOLAS ESCRITAS POR EXTRANJEROS

Montes, el matador

CURIOSÍSIMA É INTERESANTE NOVELA

POR

FRANCK HARRIS

dy
15 céntimos.

ADMINISTRACIÓN

MADRID.—MEDINILLA Y VILLASANTE, LIBREROS

BARCO, 3

M

4
498-150

NOVELAS ESPAÑOLAS ESCRITAS POR EXTRANJEROS

MONTES, EL MATADOR

POR

FRANK HARRIS

VERSIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

I

—Sí, estoy mejor y el médico ha dicho que una vez más he escapado con vida... Todo el tiempo que ha durado la fiebre habéis venido diariamente á verme, según me ha contado mi sobrina, y me habéis traído esta bebida fresca, que apaciguaba el fuego de mis venas y me permitía dormir. Me imagino que también pensabais, como el doctor, que yo iba á morir, ¡ah! ¡ah!... y que no oiríais más al viejo Montes contaros cuanto sabe de corridas de toros. ¿No era por esto por lo que veníais á verme? Entonces, ¿era por bondad? Yo no podía convencerme de que vos, extranjero y hereje, fuerais tan bueno para mí. ¡Sabe Dios! El doctor pretende que no queda mucha vida en mi pellejo; usted se marchará de España esta semana, antes del fin de la semana... ¿No me habíais dicho esto? Pues bien, entonces no veo inconveniente en narraros mi historia.

Hace treinta años tenía vivo deseo, verdadera necesidad de contarla, pero no he conocido persona alguna de quien pudiera fiarme. Cuando me pasó aquella obsesión me hice á mí mismo la promesa de que jamás la divulgaría; pero como vos vais á partir lejos, os la diré si me juráis por la Virgen que no la repetiréis á nadie, al menos hasta que yo no muera. Aunque si lo contarais sería igual, porque no hay nadie en el mundo que pueda sentenciarme y condenarme. Además, nadie querría creerlos... ¡Imbéciles!

Mi historia —prosiguió serenándose— os enseñará más sobre cosas de toros que cuanto saben Frascuelo, Mazzantini y... ¿cómo se llama?... ¡Ah! sí... Lagartijo. ¡Es

que no había Frascuelos y Mazzantinis en mi tiempo? A docenas. Con la afición y la práctica y procurando apartarle del vino y de las mujeres hubiéramos podido tener un Frascuelo por cada millar de labradores. Pero un Montes no se encuentra todos los días, ni aun buscándolo en toda España... ¿Pero de qué me servirá vanagloriarme de ello? Mi obra no se ha olvidado y todavía quedan pruebas de lo que fué ella. No hace mucho lei en un periódico el relato de una suerte que yo hacía frecuentemente, y el que lo había escrito pretendía que tal cosa era increíble. ¡Ah! ¡ah! increíble para los Frascuelos y los Mazzantini y los demás que saben matar un toro y se llaman *espadas* (1)... ¡Oh! sí, espadas de toros tan derrengados que no pueden levantar la cabeza... Cuando me hablabais de Frascuelo y de Mazzantini dudabais de que yo los conociera. Si los conozco y sé lo que hacen, aunque hace más de treinta años que no pongo los pies en una plaza... Bien. Voy á contaros mi historia, si me quedan fuerzas para llegar al final...

El viejo pronunció estas palabras en voz baja, como hablando consigo mismo; después se apoltronó en su sillón y permaneció un momento silencioso.

.....

Recorría yo España desde hacía algún tiempo. Desde el primer momento había sentido por el país y sus habitantes una viva simpatía y no se puede, en verdad, amar á España y á los españoles sin interesarse en las corridas de toros; de tal modo este género de *sport* es característico de este pueblo y en sí mismo exci-

(1) En español en el original.

tante. Yo me había dedicado muy seriamente á estudiar este pueblo, y cuando conocí á sus mejores toreros, Frascuelo, Mazzantini y Lagartijo, y les oí hablar de su trabajo, comencé á comprender cuánta habilidad y valor, qué seguridad de vista, de mano y de corazón exigen estos juegos. Interesándome en los detalles de este sport llegué á saber que Montes existía. Había dejado un nombre tan famoso, que treinta años después de haber abandonado la arena de sus triunfos se hablaba todavía frecuentemente de él, y más aún se le hubiara recordado, sin duda, si los hechos que de él se narraban hubiesen sido menos pasmosos y estupendos, con lo que para muchos llegaban á formar parte de una leyenda. Frascuelo fué quien me enteró de que Montes vivía aún y de que habitaba en Ronda.

Un día, el mismo Frascuelo me dijo:

—¿Montes? Yo os daré datos de Montes. Os han hablado, sin duda, del antiguo espada que mató todos los toros, según se dice, de la primer estocada, como si hubiera alguien en el mundo que pudiera hacer esto. Sin duda, debió de ser muy hábil, porque un viejo *aficionado* (1) á quien yo trato, jura que ninguno de nosotros sería merecedor de formar parte de su *cuadrilla* (2). Todos los viejos suelen tener esta manía y yo no creo la mitad de lo que cuentan de Montes. Indudablemente era bastante bueno para su época; pero hay toreros tan excelentes ó más que los de aquella época. Hace cuatro años fui yo á torear á Ronda y me apresuré á visitar á Montes. Vive solo, fuera de la ciudad, en una linda casita, no teniendo á su lado para que le cuide más que á una mujer, sobrina suya. Ya sabéis que él nació en Ronda. Pues bien, no quiso hablar conmigo.

Cuando estuve ante él y estreché su mano llamándole «maestro», me miró de arriba á abajo y se echó reír. ¡Y se negó á hablar una palabra conmigo el vanidoso patizambo aquel!

—¿No creéis, entonces—le dije,—á pesar de cuanto se cuenta, que era mejor torero que Lagartijo ó que Mazzantini?

—No, no lo creo... Sin duda ha debido saber más que ellos, y esto no es difícil,

porque ni uno ni otro saben mucho... Mazzantini es un buen *matador* (1) porque es muy alto y fuerte, lo que le da grandes ventajas. Por esto también las mujeres le aman y cuando yerra el golpe y comienza de nuevo, el público lo perdona... No ocurría esto cuando yo comenzaba. Había entonces verdaderos aficionados verdaderamente inteligentes, y si cometáis alguna falta se mofaban duramente y os veíais obligados á abandonar la arena bajo sus gritos y denuetos. Pero hoy, la multitud es ignorante y no reconoce el verdadero mérito... ¿Lagartijo? ¡Oh! es muy vivo, muy osado y muy sereno, y las mujeres y los niños le aman y le admiran también; pero es ignorante y no conoce los toros. La prueba es ésta: ha sido cogido más veces en cinco años que yo en veinte... Montes debía ser muy hábil, porque es de pequeña estatura y no creo que haya tenido jamás bastante fuerza física, y además, según se dice, se quedó cojo casi desde sus comienzos. No dudo que él hubiera podido enseñar su oficio á Mazzantini y á Lagartijo, lo que no prueba gran cosa... Ha debido de ganar mucho dinero para haber podido vivir retirado desde entonces. Y en aquel tiempo, como cuando yo comenzaba, no se nos pagaba tanto como ahora.

.....

Esto es cuanto yo sabía de Montes, cuando en la primavera de 188... me dirigía á caballo desde Sevilla á Ronda. Cerca ya de la pequeña ciudad, y cuando á lo lejos la divisaba, decidí detenerme algún tiempo en el mesón de Polos. Ronda está edificada sobre una meseta aislada, muy elevada sobre el nivel del mar y rodeada de montañas más altas todavía. Es uno de los lugares más singulares y pintorescos del mundo. Un río la rodea casi enteramente, y en muchos lugares la montaña se corta á pico, formando acantilados descendentes, como un muro de trescientos ó cuatrocientos pies de altura, desde la meseta hasta el río. Nada tiene, pues, de sorprendente, por tanto, que los moros conservaran á Ronda, después de haber perdido hasta la última pulgada de terreno en el resto de España. Establecido ya en Ronda, hice algunas excursiones diarias á pie, sobre todo á las montañas de los alrededores. Un día de és-

(1) En español en el original.

(2) Idem id. id.

(1) En español en el original.

tos, un campesino con quien había hablado un instante y que me indicaba un atajo para regresar á la ciudad, se detuvo de pronto y me dijo, indicando con la mano una casita colgada enteramente en una estribación de la sierra:

—Desde allá abajo podréis ver Ronda... Es la casa de Montes, el gran matador. ¡Allí nació!—exclamó con evidentes muestras de orgullo.

Mi conversación con Frascuelo, que yo había olvidado casi, volvió á mi memoria, y el deseo de conocer á Montes y de tener algunas entrevistas con él se apoderó de mí. Al día siguiente fui á su casa, situada fuera de la ciudad, acompañado del *alcalde* (1), quien después de haberme presentado se retiró. A primera vista el hombre no interesa. Era bajo—cinco pies y tres ó cuatro pulgadas (1,60 metros próximamente), bien proporcionado y sólidamente musculoso. Me pareció que debía de tener en las venas sangre mora. Su tez era muy morena y su piel curtida; las facciones acentuadas; la nariz puntiaguda y huronesca, la mandíbula inferior firmemente dibujada y resuelta. Su cabellera y su bigote estaban blancos como nieve, lo que, con las arrugas profundas de la frente, de las cuencas de los ojos y de la boca, le daban aire de extrema vejez. Parecía también moverse con cierta dificultad; según me dijo más adelante, su claudicación se complicaba con el reumatismo. Cuando se fijaba uno en sus ojos, esta apariencia de vejez se desvanecía; eran grandes y negros y más bien estrechos que redondos: nada de maravilloso podía decirse de ellos en el primer momento. Pero, cuando él se entusiasma ó irritaba, los ojos hacíanse intensamente luminosos. El efecto era sorprendente. Se hubiera podido decir que toda la potencia vital del hombre se había refugiado en estos dos globos, que relampagueaban é irradiaban de valor, de energía y de inteligencia. Después, cuando se apaciguaba y serenaba, aquel resplandor desaparecía de sus ojos, que volvían á tomar su aspecto ordinario, en tanto que su envejecido rostro arrugado y encogido recobraba su expresión fatigada, irritable y astuta.

Era tan expresivo su rostro, había tanto valor, tanta melancolía, tan penetran-

te intelectualidad en él, que á pesar de no recibirme aquel hombre, sino cortésmente, yo volvía un día y otro á la casita.

Una vez la sobrina me anunció que Montes estaba en cama, y por la descripción que me hizo de su mal, comprendí que se trataba de un ataque de malaria. Mi hipótesis fué confirmada por el médico que le visitaba, y á quien yo ya conocía. Naturalmente, hice cuanto pude por el viejo, y ésta fué la causa de que después de su curación me recibiese con bondad y se decidiera al fin á contarme la historia de su vida.

.....
—Es preciso—dijo Montes—que comience á narrar por el principio. Nací cerca de aquí, hace próximamente sesenta años... ¿Os sorprende esto? ¿Me creiais más viejo? Pues es la verdad; estoy casi seguro de no haber cumplido aún los sesenta años. Mi padre fué un campesino que poseía algunas fanegas de terreno y una choza.

—Me la han enseñado el otro día—interrumpí.

—Entonces habréis podido ver sobre el flanco opuesto de la colina el prado de pastos que era la principal propiedad de mi padre. Eran aquellos unos buenos pastos. Mi madre procedía de una clase más elevada que mi padre; era hija del farmacéutico de Ronda; sabía leer y escribir y leía—me acuerdo muy bien—siempre que tenía un minuto libre, lo que no era muy frecuente teniendo cuatro hijos—tres niñas y un varón—y la casa que cuidar. Nosotros la adorábamos; ¡era tan bondadosa! Y además nos contaba historias maravillosas. Siempre he creído que yo era su predilecto. Vos lo comprenderéis: era el más pequeño y era varón, y las mujeres tienen debilidad por ambas circunstancias. Mi padre era hosco, al menos á mí me lo parecía, y yo más que amarle le temía. Las niñas simpatizaban más con él. Jamás hablaba conmigo como hablaba con ellas. Mi madre quería enviarme á la escuela, y confiaba en que yo llegaría á ser cura. Cuando llegué á los seis años, ya me había enseñado á leer y escribir. Pero mi padre no quería oír hablar de estos bellos proyectos.

—Si me hubieras dado tres varones y una hembra—recuerdo que dijo á mi madre una vez,—hubieras podido hacer de ella lo que te hubiese dado la gana. Como

(1) En español en el original.

no hay más que un varón, debe trabajar para ayudarme.

Así, cuando llegué á cumplir los nueve años comencé á bajar al prado y á guardar los toros durante todo el día. Porque aunque la manada fuese pequeña — veinte cabezas poco más ó menos solamente — era preciso vigilarla constantemente. Se guardaba á las vacas en un cercado muy próximo á la casa; mi tarea era cuidar de los toros en el prado de allá abajo. Naturalmente, yo tenía un caballo, porque en España es peligroso acercarse á tales toros, y no pueden sin riesgo ser guiados por un hombre á pie... Creo que me comprendéis, porque la cosa es bastante sencilla. Los toros de mi padre eran de buena casta, bravos y fuertes; se los compraban siempre para el circo y le pagaban por ellos buenos precios. Le bastaba vender todos los años tres novillos (1) y dos toros de cuatro años. Y no teníamos otro negocio. El dinero entraba en mi casa gracias sólo á la calidad de estos animales... Todo el día me lo pasaba yo montado sobre mi caballo ó dispuesto á montar en él de un salto, guardando los toros. Si uno de ellos se alejaba demasiado, yo debía correr y hacerle retroceder. Pero durante las horas de gran calor los animales permanecían como abotargados, y yo aprovechaba este tiempo para aprender las lecciones que mi madre me daba.

Así pasaron algunos años. Naturalmente, durante este tiempo llegué á conocer someramente las cualidades de nuestros toros. Pero una observación de mi padre me hizo conocer que cada toro tenía un carácter individual y que era preciso estudiarlos de cerca. Tendría entonces yo doce años, y en aquel estío he aprendido más que en los dos años precedentes. Mi padre, aunque nunca me decía nada, debió notar que yo había adquirido algún adiestramiento en el manejo de los toros, porque una noche, estando yo acostado, oí que le decía á mi madre:

—El pequeño es tan bueno en su oficio como el que más.

Sentí cierto orgullo al escuchar aquellas palabras, y esto me alentó desde aquel día á aprender cuanto pudiera sobre nuestros toros. Poco á poco llegué á conocer á cada uno de ellos mejor que luego he podido llegar á conocer á los

hombres y á las mujeres... Después de todo, los toros se parecen mucho á los hombres, aunque son más sencillos y mejores; muchos de ellos eran de natural dulce y tratable; otros eran sombríos y hoscos. Teníamos uno negro que era salvaje y feroz, pero bueno en el fondo, en tanto que había otro, casi también negro, con cuernos de gados, del que no me fiaba jamás. Veía yo bien que los otros toros no le querían; al contrario, le temían todos. Era astuto y desconfiado, y no se mezclaba jamás en la piara. Siempre pastaba solo, como si temiese á los demás, pero era en realidad bravo y valiente. Yo sabía esto tan bien como sus compañeros y hermanos.

Aquel mismo estío fué vendido, con el toro negro, para la plaza de Ronda. Un domingo, al comenzar la noche, cuando mi padre y mi hermana mayor volvieron de la corrida — mi madre no quiso ir jamás á ver *los toros* (1), — estaban en un estado de sobreexcitación extraordinaria; comenzaron á contar á mi madre cómo uno de nuestros toros había cogido al matador y lo había lanzado al aire, y qué enormes trabajos había costado á los *chulos* (2) arrancarle su presa.

Entonces grité:

—Sé cuál de los toros ha sido: ha sido Judas.

Éste era el nombre con que yo había bautizado aquel toro, y cuando observé la mirada de sorpresa de mi padre, continué diciendo algo confuso:

—Sí, Judas, el toro de los cuernos blancos. Juan (3), el negro, no hubiera sido capaz de esa felonía.

Mi padre respondió solamente:

—El pequeño tiene razón.

Pero mi madre me atrajo hacia sí y me abrazó como si tuviera miedo ó algún presentimiento. ¡Pobre madre mía! Creo que en aquel momento adivinaba ella lo que había de acontecer más tarde.

Me parece que fué en el estío siguiente cuando mi padre se dió cuenta por primera vez de cuánto sabía yo de toros.

(1) En español en el original.

(2) Así dice el original.

(3) Perdonad á Frank Harris, que ha caído en el engaño de creer que en España se da á los toros nombres de personas... Judas, Juan... Judas, pase. Algunos toros ha habido de este nombre, ¡pero Juan! — *N. del T.*

(1) En español en el original.

He aquí en qué circunstancias. Las lluvias habían sido escasas en primavera y por lo tanto los pastos eran escasos y secos, lo que era causa de que los toros aparecieran turbulentos, como hostigados por un malestar cuya causa no conocían. Durante el estío el tiempo había estado sin cesar incierto — periodos de calor seco interrumpidos por tormentas, — y los animales habíanse vuelto muy irritables.

Un día en que el cielo amenazaba desencadenarse en una turbonada de agua y huracán — me acuerdo muy bien de ello, — me estaban mortificando con sus inquietudes y esto me desesperaba, porque tenía vivos deseos de ponerme á leer. El día antes había dejado á la mitad un relato muy interesante en un libro que mi madre me había regalado el día de la última venta de nuestros toros. Era una historia sobre Cervantes... ¡Ah! Usted conoce sin duda á este hombre, quiero decir, á este gran escritor... ¡pero era además un gran hombre! La historia que yo leía aquellos días contaba que, cuando él pudo escaparse de la cautividad de los moros, allá abajo, en Argel, y vino á España y desembarcó en Cádiz, una viuda fué á buscarle para saber si había conocido á un hijo suyo, que se encontraba también cautivo, y cuando la pobre mujer supo que Cervantes había visto á su hijo encadenado, se lamentó de su desgracia con tan extremados lamentos y quejas, que Cervantes le respondió conmovido: «Vamos, buena madre, tened esperanzas, porque de aquí á un mes nuestro hijo estará aquí con usted».

Después de esto la historia relataba cómo Cervantes tornó al cautiverio, y cómo el sultán moro se había alegrado de verle en su poder, porque era cautivo muy capaz y utilizable, y muy contento, por lo que ganaba en el cambio, puso en libertad al hijo de la viuda... Si, Cervantes era un hombre...

Pues bien, leía yo este episodio y creía hasta su última palabra — porque me parece que no ha debido de haber hombre de tanto talento que pudiera inventar semejante historia, — y estaba cada vez más conmovido y deseaba llegar á saber hasta la última palabra que se refiriera á Cervantes. Entonces yo no sabía leer lo bastante, sino lentamente y con muchas dificultades, y me apenaba que se pudie-

ra ocultar el sol antes que yo hubiese acabado de leer aquel libro portentoso.

Mientras yo leía todo lo de prisa que podía, y estando muy abstraído, bajó á pie mi padre hasta el prado y me sorprendió. Solía indignarse en toda ocasión de verme leer, no sé por qué, pero aquel día se puso más furioso que de costumbre, montó en cólera y alzó el brazo para abofetearme; yo alejándome rápidamente logré evitar el golpe.

Cogió la garrocha, que yo tenía en el suelo, y de un salto montó sobre mi caballo, dirigiéndose hacia uno de los toros que se había desmandado un poco. Después he llegado á creer que antes de bajar al prado mi padre debía de haber tenido algún grave disgusto que le habría obcecado, porque en aquella ocasión no demostró cuán bien conocía cómo deben manejarse los toros bravos. Mi caballo era pequeño y débil para sostenerle briosamente, pero hizo el pobre cuantos esfuerzos pudo.

Como le he dicho á usted antes, los toros estaban hambrientos é irritados, y mi padre debiera haber advertido esto y hacer volver el toro á la manada tranquilamente, con gran paciencia y todo lo despacio que el animal hubiera querido. ¡Pero no! No quiso dejarle inclinarse la cabeza hacia la hierba un solo instante. Al fin, la bestia hostigada se volvió hacia él.

Mi padre sujetó baja y bien la garrocha y paró el golpe clavándola en una de las paletillas del animal. El caballo, en un vigoroso esfuerzo, se inclinó á un lado, librándose de la cornada por milagro. En un instante, el toro, desviado por el brazo vigoroso de mi padre, dió media vuelta y se preparó para atacar de nuevo. Mi padre permaneció firme sobre el caballo y con la garrocha, cogida bien corta, se dispuso á aguardar.

Yo sabía bien que este valor era inútil y él lo sabía también; pero como estaba colérico, no quiso huir y salvarse, aun cuando fuese dejando mi pobre caballo entregado á saciar la furia del toro.

Al ver esto, yo me precipité hacia el toro, llamándole con voces y palmadas cuando estaba lejos todavía, y dirigiéndome lentamente hacia él cuando estuve cerca; el toro, indeciso, había apartado la vista de mi padre, me miraba, sacudía la cabeza y escarbaba el suelo.

Aunque estaba enfurecido, establecía,

sin duda, alguna diferencia entre mi padre y yo, recelando menos de mí, puesto que me dejó acercarme, sin arrojarse sobre mí; después sacudió la cabeza y mugió para advertirme su ira, que tal es la nobleza de esta casta de toros españoles; vaciló un poco, estuvo á punto de embestir, pero como viera que yo seguía avanzando hacia él, confiado y sereno, lo pensó mejor, inclinó la cabeza al suelo y se puso á pastar tranquilamente.

Al cabo de un instante le dejé y me dirigí hacia mi padre, que pálido y tembloroso se había apeado del caballo.

—¿Estás herido?

—No—respondí riendo.—No ha querido hacerme daño. Se ha limitado á advertirme que estaba de un modo endiablado.

—Sin duda en España—declaró mi padre—no hay un solo hombre capaz de hacer lo que tú has hecho. Tú sabes de toros más que yo, más que todo el mundo.

Después de este incidente mi padre me dejaba hacer cuanto yo quería y pasaron con ello dos años muy felices. Se celebró en aquel tiempo la boda de mi segunda hermana, llególe luego su vez á la menor, quedando ambas muy bien casadas. Los toros se vendían á buenos precios y mi padre vivía libre de todo cuidado, puesto que yo sólo acudía á todas las atenciones de la ganadería... Sí, fueron aquellos dos buenos años para nosotros.

Mi madre parecía quererme más cada día; me alababa la facilidad con que aprendía las lecciones que me daba, y yo tenía cada vez más tiempo para estudiar á medida que el ganado me conocía mejor... Mi única pena era no haber visto nunca los toros en la plaza. Pero me había dado cuenta de que si mi padre me hubiera llevado de muy buena gana, era mi madre quien no quería que fuese á ver corridas. Por mucho que me violentara, formé el propósito de satisfacer su gusto. ¡La amaba tanto!... Pero llegó la ocasión de que conociera lo que es el dolor. A fin de invierno, algunas semanas antes de que yo hubiera cumplido quince años, mi madre cogió un poco de frío, enfermó, vinieron los médicos á verla, se hizo cuanto se pudo, pero fué todo inútil. Murió. Yo creí morir también.

Después de su muerte mi padre se puso insufrible. Gruñía y regañaba por todo y cuanto hacía mi pobre hermana en la casa

le parecía mal. Yo creo que acabó casándose con el primero que encontró por librarse de los reproches paternos. No salió ganando la pobre. Su marido tenía dos veces su edad, carecía de bienes y la maltrataba continuamente... Un mes ó dos después de esto, mi padre, que tendría unos cincuenta años, se volvió á casar con una joven, demasiado joven para él, hija de un labrador que no tenía ni un *duro* (1). Días antes me había enterado de sus propósitos: ésta casa—decía él—necesita una mujer. Creo que tenía razón. Pero yo era demasiado joven entonces para preocuparme de tales cosas y yo había profesado demasiado cariño á mi madre; no pude tomar afecto á la nueva mujer de mi padre, no llegué á amarla y la vida en el hogar era imposible.

Al comienzo del verano que siguió á la muerte de mi madre asistí por primera vez á una corrida de toros. Mi padre y mi hermana quisieron llevarme y yo disimulé la alegría con que iba. No olvidaré jamás este día. Los *chulos* me hicieron reír; no hacían más que saltarinear y tomaban tan inútiles precauciones para librar de los cuernos sus personas! Pero los *banderilleros* (2) me interesaron. Su trabajo exigía habilidad y valor; esto lo vi desde el primer momento. Aunque al principio aquello me pareció muy difícil, cuando habían puesto dos ó tres pares de *banderillas* (3), ya sabía yo cómo lo hacían y me pareció que podría hacer otro tanto y aun hacerlo mejor. Y no hay en esto vanidad; me convencí de ello porque observé que el tercero ó cuarto *banderillero* cometió una falta. No sabía con qué ojo lo miraba el toro, cosa que yo advertí, de modo que equivocó el lado por donde debía entrar y no pudo plantar bien las *banderillas*: una quedó en la espalda y otra en el suelo.

En cuanto á los *picadores*, no acabaron de interesarme. No había en su trabajo habilidad ni arte. Esto está bien para la muchedumbre que gusta ver correr la sangre y que no comprende nada.

Llegó su turno al *espada* (4). ¡Ah, qué

(1) En el original dice: *douro*.

(2) En español en el original.

(3) Idem *id.*

(4) No es de extrañar que un escritor inglés invierta, como parece hacerlo aquí, el orden de las suertes en una corrida. Acaso, el mayor en-

hermoso me pareció esto! Era un trabajo que exigía arte, destreza, valor, fuerza, todo, en suma. Yo estaba vivamente excitado presenciando aquella faena, y cuando el toro, herido en el corazón, cayó á tierra, aplaudí y aclamé al matador hasta quedarme ronco. Sin embargo, hasta que la corrida acabó, mis ojos, que seguían encantados todos los incidentes del espectáculo, advirtieron más de un error en el modo de matar los toros. En el momento de surgir en mí esta idea, creía engañarme; pero luego, la realidad de lo que ocurría en la plaza me daba la razón.

Porque un matador no esperó á que el toro estuviera cuadrado para dejarse caer... ¡Ah! Veo que no entendéis qué quiere decir esto de «no estar el toro cuadrado...» y esto otro de «dejarse caer...»

—Adivino en parte su significado, pero explicádmelo bien—contesté.

—Pues bien, es muy sencillo. Habréis observado que cuando el toro tiene un brazuelo hacia adelante y otro hacia detrás, sus omoplatos se tocan, del mismo modo que cuando un hombre echa los brazos hacia atrás, sacando el pecho fuera; es decir, los omoplatos no se tocan enteramente, pero el espacio que los separa no es tan regular y, por consecuencia, no es tan ancho como cuando las patas delanteras están juntas. Entonces, que es cuando el espacio entre los dos omoplatos alcanza la mayor anchura posible, es el momento de herir con todas vuestras fuerzas para que la espada rasgue la piel de una pulgada de espesor y atraviese un recio tejido de músculos, tendones y carne para llegar hasta el corazón. Además el golpe no puede ser recto, porque hay que evitar el choque con la espina dorsal. El espacio que separa la espina dorsal de los espesos cartílagos de los omoplatos no llega á tener nunca pulgada y media, de modo que si este espacio se reduce, aunque no sea más que en media pulgada, las dificultades aumentan considerablemente. Aquel día, todo esto lo adiviné yo apenas vi en

qué consistía la operación de matar. Así, cuando veía que las patas delanteras del toro no estaban absolutamente igualadas y el matador se tiraba á matar, sabía que era un ignorante y un desdichado, ó acaso demasiado diestro y valeroso. Inmediatamente vino la prueba de que era un ignorante. La espada tropezó en el omoplato, doblándose y saltando hacia fuera, y estuvo en un tris que los cuernos no alcanzaran al matador. Entonces le silbé y denosté.

Mi padre estaba muy envanecido de su estatura y de su fuerza. Aquello que me dijo me pareció razonable y comencé á dudar de mí. Entonces comenzó á hablar mi padre de lo que ganaban los matadores. Se les daba, según decía él, una fortuna por cada día de corrida. La paga misma de los *chulos* me pareció excesiva y lo que un banderillero recibía era más que sobrado para llegar á enriquecerle...

Durante la noche yo no hice más que pensar y repensar cuanto había visto y oído y me dormí soñando que era ya una espada, el mejor de España, rico y casado con una linda joven de cabellos de oro.

Al día siguiente formé el propósito de comenzar á ejercitarme con nuestros toros. Empecé á impacientará uno de ellos, el que me parecía más fiero, hasta que se puso furioso y corrió tras de mí; entonces, como un *chulo*, le di un quiebro y me libré de su furia. Después que practiqué este juego muchas veces, intenté burlar al toro lo más tarde posible, y solamente separándome de él lo que fuera estrictamente necesario, cosa que pude hacer en seguida, porque había descubierto en mis primeros ensayos el juego de cuernos peculiar de cada uno de nuestros toros.

Mientras más viejo es el toro, más gordos y pesados son su cuello y sus espaldas y, por lo tanto, la curva descrita por el pescuezo de un toro viejo es menos que la que puede describir el de un toro joven. Aquella misma mañana, antes de acabar el ejercicio á que con toda mi alma me había dedicado, sabía yo que con nuestros toros, cuando menos, yo daba ciento y raya á todos los *chulos* que había visto la tarde anterior. Después de esto me puse á calmar el toro, empeño que fué bastante difícil, y cuando lo hube logrado me dirigí fatigado y sudoroso á

canto que para los españoles puede tener este libro de Frank Harris consista en estos pequeños errores y en algunas candorosas inexactitudes, que no amenguan el mérito del profundo estudio que este autor ha hecho de las cosas de España.

donde estaba mi caballo, y tendiéndome cerca de él, comencé á leer y á soñar.

Al día siguiente me divertí haciendo ensayos de banderillero, y me di cuenta de que mi conocimiento del animal era de una extremada importancia, porque sabía yo siempre de qué lado inclinarme para evitar la acometida del animal. Juzgando por la manera como agachaba la cabeza, averiguaba yo del lado que iba á embestir. Así, al menos con nuestros toros, clavar muchos pares de banderillas hubiera sido para mí un juego de niños.

El trabajo del matador era más difícil de experimentar. No tenía espada. De otra parte, el toro que yo quería matar no estaba bastante fatigado y no quería permanecer tranquilo. Y, sin embargo, me obstinaba en realizar ensayos. Este juego tenía para mí una fascinación particular.

Algunos días más tarde, provisto de un trapo que bien podía parecer una *capa* (1) atraje á uno de los toros bastante lejos de los demás y lo toreé hasta que estubo fatigado. Sin poder separarme de él, hice el *chulo* y evité sus cornadas á una pulgada ó dos solamente de distancia; después el banderillero; en el momento en que hurtaba mi cuerpo á la brutal cabezada del toro, le tocaba en el cuello con dos palos que fingían ser rehiletos.

Cuando estubo bastante fatigado me acerqué á él con la *capa* y vi que podía hacer de él lo que quisiera: hacerle adelantar una pata á la otra, ó tener las dos pezuñas juntas, á mi antojo. Una de mis primeras observaciones en aquellos ensayos fué la de que el toro busca más la *capa* (2) que al hombre que con ella le engaña. Hay toros, sin embargo, que son bastante maliciosos para saber buscar el cuerpo.

Durante semanas enteras continué estos ejercicios, hasta un día en que mi padre se mostró sorprendido del aspecto de delgadez y fatiga de nuestros toros. ¡Pardiez! ¡Hacía tanto tiempo que el prado me servía de circo!

Después de esto me arriesgué á hacer de matador—el único papel que desperataba mi interés—sin fatigar previamente á los toros. Entonces comencé una serie de experimentos nuevos, que á la fuerza

hicieron de mí un verdadero espada, tal como yo imagino que debe ser un espada.

Sería difícil que pudiera explicaros cómo ha de ser este tipo ideal que yo creo haber encarnado, porque el hombre alcanza el dominio sobre los animales salvajes, sin saber cómo, á ciegas, á ton-tas y á locas. En un momento se da cuenta de que se puede obligar á un toro á hacer algo que el día anterior no podía haberse imaginado siquiera. Todo esto lo ocasiona el conocimiento íntimo del animal. Del mismo modo que el buen pastor reconoce, según se dice, la fisonomía de cada uno de sus carneros, aunque sean mil los que tenga, llegué yo á conocer los toros, á saber perfectamente la naturaleza y el temperamento de cada uno de ellos. Por lo que esto tiene de misterioso y de instintivo, no puedo explicaros bien cómo era este arte mío.

Los tres años que siguieron fueron para mí intolerables; mi madrastra me devolvía con usura la antipatía que yo le profesaba y encontraba mil arteras é hipócritas maneras de vejarme y atormentarme, sin que pudiera yo quejarme de nada.

Cuando cumplí los diez y nueve años declaré á mi padre que tenía el firme propósito de ir á Madrid, para llegar á ser espada. Cuando vió que no podía disuadirme, me permitió partir.

Nos separamos y andando marché á Sevilla.

Durante algunas semanas logré que me admitieran en la Plaza de Toros, para diversas ocupaciones, tales como dar de comer á los toros, ayudar á separarlos y otras semejantes.

Allí conocí una persona que llegó más tarde á ser amigo mío. Me refiero á Juan Valderas, de la *cuadrilla* (1) de Girvalda, matador del tipo ordinario. Juan era de Extremadura y apenas podíamos entendernos en nuestros dialectos muy diferentes, pero yo le cobré vivo efecto.

Era un guapo mozo, esbelto, fuerte, elegante, con cabellos cortos, castaños y rizados, el bigote rubio y grandes ojos negros (2). Me estimaba, sin duda, porque yo fingía admirarle y porque, además, no dejaba jamás de escucharle aten-

(1) En español en el original.

(2) Juan Valderas perdonará, sin duda, á Frank Harris esta rara descripción de su persona.

(1) En español en el original.

(2) En español en el original.

tamente cuando me contaba sus triunfos amorosos, aun con damas de la más alta alcurnia.

Naturalmente, yo le enteré de mis deseos de ser torero, y él me prometió ayudarme para encontrar un puesto en la plaza de Madrid por medio de un amigo suyo, personaje muy influyente.

—Tú podrás—me decía—llegar á manejar la capa ó ser banderillero, pero no pasarás de ahí. Para ser espada, como yo lo seré, es preciso tener estatura y fuerza.

Y emitiendo esta opinión, hacía balancear orgullosamente su torso escultural.

Yo asentía con humildad, creyendo sin duda que mi padre tenía razón, y me preguntaba si no me engañaba mi vanidad, si tendría yo alguna vez bastante fuerza para llegar á ser espada.

Cuando pude reunir un poco de dinero, me dirigí á Madrid. Estaba muy avanzada la estación y próxima á concluir en la corte la temporada taurina.

Meditando lo que me convenía, me decidí á buscar trabajo en una herrería. Llegué á encontrarlo, y, como esperaba, este trabajo me fortificó mucho.

Poco antes de cumplir los veinte años logré, ayudado por Juan, que un domingo se me admitiera como *chulo* en el rondel, para ensayar mis condiciones.

II

—Temía yo—continuó diciendo Montes después de una pausa—estar nervioso y agitado este primer domingo que salí á la Plaza, pero no fué así. No sentía más que el deseo de hacer algo notable con objeto de lograr contrata para el resto de la temporada.

El herrero Antonio, en cuya casa había estado trabajando, me había anticipado dinero para el traje y Juan me había llevado á casa de un sastre y se había ocupado en todo, sintiendo yo que aquellas deudas me pesaban.

A pesar de mis deseos, este primer domingo me costó gran trabajo alcanzar el éxito. Seguí la cuadrilla como los demás; después, con los *chulos*, tomé mi capa; pero cuando el toro se lanzó sobre mí, en lugar de salvarme corriendo como hacían los otros, enrollé mi capa alrededor del cuerpo, y en el momento mismo en que los cuernos iban á tocarme, me libré

del golpe dando medio paso apenas hacia la izquierda.

Los espectadores me aplaudieron, es verdad, y yo me imaginaba haber estado muy bien, hasta que Juan se me acercó y me dijo: «No vuelvas á hacer eso. Te matará un toro antes de lo que te crees, y además, vosotros los *chulos* estáis aquí con la capa para correr al toro y fatigarlo con objeto de que los matadores puedan matarlo».

Fué ésta mi primera lección de envidia profesional. Después de oír aquellas palabras me puse á correr como los demás, sin poner gran entusiasmo en el trabajo. Esta faena me parecía inútil y estúpida.

Además, después de la acrimonia y desdén con que Juan me había hablado, perdí toda esperanza de obtener una contrata duradera. Poco á poco, sin embargo, mi ardor despertó de nuevo á medida que me ejercitaba, y cuando entró el quinto ó sexto toro me resolví á echarle el capote.

Era este toro una hermosa y brava bestia; advertí sus condiciones desde el primer golpe de vista. Permanecía en medio del circo, excitado y amenazador, pero sin romper en cólera y embestir, á pesar de las capas con que le llamaban.

Cuando llegó mi turno corrí hacia el toro, llegando mucho más cerca de él que habían creído prudente llegar los otros, y le provoqué agitando mi capa. Inmediatamente se precipitó sobre mí; le hice dar á través de la plaza una larga carrera, al final de la cual me detuve en firme y le dejé cornear la capa, que tenía separada de mi cuerpo apenas por la distancia que podía marcar mi brazo derecho extendido. Durante este tiempo permanecí inmóvil, sin volver la cara. Estaba seguro de que aquel toro embestiría y cornearía la capa sin buscar mi cuerpo, y todo ello me pareció la cosa más sencilla; pero la muchedumbre se levantó en masa de sus asientos y me aclamó como si yo hubiese hecho algo extraordinario y maravilloso.

Entonces estuve seguro de que sería contratado y me invadió una grandísima alegría. Pero vino á turbarla Juan, que á los pocos minutos me dijo con mal gesto:

—Te harás matar cualquier día, si continúas con esos juegos. Tu vida será corta si comienzas por no desconfiar de los toros.

Poco me importaban sus palabras. Atribuíalas yo á una amistosa advertencia y en aquel momento yo no me cuidaba más que de ser contratado de una manera permanente.

Así, cuando acabada la corrida el director de plaza me mandó buscar, no me causó extrañeza alguna.

Cuando estuve ante él me estrechó las manos, me colmó de felicitaciones y me preguntó dónde había trabajado antes. Yo le respondí que aquella tarde era la primera que había salido á una plaza, y que cuanto había hecho eran mis primeros ensayos.

—¡Ah! — exclamó dirigiéndose á un gentil hombre que estaba con él. — Ya sabía yo, *señor duque* (1), que semejante valor no lo tienen más que los que carecen de experiencia.

—No — replicó el gentil hombre, que según supe más tarde era el duque de Medinaceli, el mejor *aficionado* (2) y uno de los hombres más nobles de España. — No estoy bien seguro de que haya inconsciencia en este caso. Vamos á ver, amigo mío — agregó dirigiéndose á mí, — ¿por qué habéis permanecido con la espalda vuelta al toro?

—Señor — respondí, — era aquél un bravo toro, valiente, pero no furioso; acometedor, pero noble; fiero, pero no vengativo; yo estaba seguro de que saciaría su fiereza en la capa, sin parar la atención en mí.

—Pues bien — replicó el Duque, — si tú sabes esto y no tienes miedo de arriesgar tu vida sin más garantía que esos conocimientos, llegarás lejos. Quiero hablar contigo largas horas, cuando esté menos ocupado que hoy. Id á verme á mi casa cuando queráis. No tenéis más que dar vuestro nombre y os recibiré en seguida.

Se despidió de mí con una inclinación de cabeza, estrechó la mano al director y se marchó.

El director me hizo firmar en seguida un contrato para la temporada, dándome un anticipo de cien duros sobre mi paga.

¡Qué noche pasamos Juan, el sastre, el herrero y yo! ¡Cuán feliz y orgulloso estaba yo de haber podido pagar mis deudas, y tener todavía sesenta duros en mi bol-

sillo, después de haber convidado á mis amigos!

Si Juan no me hubiera molestado de vez en cuando por la manera en que me hablaba de mi temeridad, le hubiera confiado y enseñado todo cuanto yo sabía, pero en vista de su actitud guardé silencio. Le confié únicamente que había sido contratado con un salario de cien duros mensuales.

—¿Dices cien duros? — insistió más de una vez. — Vamos, dí la verdad... cincuenta.

—No — repetía yo, — ciento.

Y le enseñé el dinero.

—Pues bien — exclamó desdeñosamente, — esto no prueba más sino lo que vale ser de pequeña estatura, joven é imprudente. Y aquí me tienes á mí, con seis años de experiencia, siendo segundo en la cuadrilla de Girvalda, sin poder llegar á espada ni adelantar un paso.

Sin embargo, á pesar de estos pequeños resquemores, á pesar de que Juan se vió obligado á separarse de nosotros temprano para ir en busca de «una encantadora criatura», como él decía, que le aguardaba, aquella velada fué una de las más deliciosas que he pasado en mi vida.

Durante el verano trabajé yo todos los domingos, y los madrileños y las madrileñas me distinguían cada vez más; — no hay que decir que el favor de las madrileñas no era como el que dispensaban á Juan, según él afirmaba.

Era yo tímido y joven; además tenía en el fondo de mi alma la imagen de una mujer y no encontraba yo en Madrid ninguna mujer que se le pareciera. Por otra parte, mi única preocupación era estudiar los toros, aprendiendo cuanto podía deducir de las diferentes castas y observándolas en el circo. Y si algún acicate me quedaba era el de ganar dinero, para enviarle á mi padre y á mi hermana. Y con ello era feliz.

Durante el invierno pasaba con Antonio muchas horas. Todos los días hacía yo algún trabajo físico para fortalecerme, me acompañaba él, y así, en el descuido del diálogo, me imagino que llegó á adivinar mi firme propósito de llegar á ser espada.

Sin duda ninguna, después de ver mis primeros triunfos con la capa, debió de adquirir el convencimiento de que llegaría yo á ser cuanto quisiera.

(1) En español en el original.

(2) En español en el original.

Frecuentemente repetía que Dios le había dado la fuerza á él y á mi la inteligencia y se lamentaba quejumbrosamente de no poder cambiar un poco de su fuerza conmigo.

Antonio, el herrero, no era un espíritu muy brillante, pero tenía buen corazón y buen carácter, resistía valerosa y duramente las necesidades y fué el único amigo que he tenido en mi vida...

Llegó la primavera; me mandó llamar el director y yo aproveché la ocasión para decirle que quería ser banderillero. Pareció sorprendido de mi ruego, me explicó cuánto deseaba el público volver á verme con la capa y que era preferible que siguiera siendo *chulo* una temporada más. Pero no accedí.

Me preguntó entonces si me había ejercitado en las banderillas y dónde. El director no quiso jamás creer que no había yo rodado por las plazas provincianas antes de presentarme en Madrid. Le aseguré que aunque no había cogido jamás las banderillas, estaba absolutamente seguro de poder realizar este trabajo. Y agregué:

— Porque además tengo necesidad de un salario más alto.

No era esto verdad, pero el argumento pareció decisivo al director, y entonces me contrató en doscientos duros mensuales como banderillero, pero con la condición de que tomaría la capa cuando los espectadores lo exigieran.

Se me hacía muy larga la espera para demostrar á los aficionados madrileños que yo serviría con las banderillas tanto como con la capa. Yo las plantaría en el morrillo como, donde y cuando quisiera.

Durante la anterior temporada yo había adquirido el convencimiento de que me era muy fácil dirigir á mi antojo los toros. Sabéis cómo, antes de plantar las banderillas, el banderillero debe excitar al toro á embestirle, lo que se hace para que el animal baje bien la cabeza; luego se deben dar varios pasos hacia el toro que avanza, con objeto de que el animal no sepa el momento preciso en que debe levantar la cabeza, y también para que el banderillero pueda hacerse á un lado más fácilmente cuando va lanzado á una buena velocidad.

Pues bien, á pesar de que todo esto parece necesario, muchas veces aquella temporada hice bajar la cabeza al toro,

sin más que avanzar hacia él paso á paso; le clavaba las banderillas, y en el instante en que el animal levantaba violentamente sus cuernos, me separaba casi nada, lo preciso para evitar el golpe.

Era esto mucho más difícil y nuevo que cuanto había yo hecho con la capa, y así aseguré mi reputación entre los aficionados y cerca de los espadas también, pero la muchedumbre ignorante prefería mi juego de capa.

Acababa la temporada. Varias veces estuve de fiesta con Juan, y de vez en cuando le daba dinero, porque las mujeres le consumían más que ganaba. Á partir de aquella época enviaba yo cincuenta duros á mi padre y cincuenta á mi hermana, porque antes de que la temporada fuera mediada había sido ascendido mi salario á cuatrocientos duros mensuales y mi nombre aparecía siempre en los carteles. Por lo tanto, yo podía considerarme rico y favorito del público...

Pasaba al tiempo; llegó mi tercera temporada en Madrid, y esto fué el comienzo del fin. Alguna vez el dolor había de cercarme...

Seguramente no había nadie que estuviese más contento que yo cuando se anunció que antes de quince días comenzarían los toros. El domingo de inauguración marchaba yo en la cuadrilla al lado de Juan, aunque hubiera podido colocarme inmediatamente detrás de los espadas si hubiese querido, cuando de pronto me tocó en el codo y me dijo:

— Mira allá arriba, en el segundo piso: hay allí un rostro de extraordinaria belleza.

Alcé los ojos y vi donde Juan me señalaba una joven que era el retrato de mis sueños, sólo que mucho más bella.

Sin duda debí detenerme, porque Juan me tiró del brazo y me dijo:

— ¿Estás loco? ¡Vamos, avanza!

Seguí andando. El corazón, el cerebro, mi ser entero se había sentido tocado de locura de amor.

¡Qué rostro! Una cabellera dorada lo encuadraba, como el marco de un antiguo retrato; eran negros y grandes los ojos, los labios escarlata, y llevaba la mantilla como una reina.

Andando iba yo, como poseído de un sueño, inconsciente de lo que pasaba á mi alrededor, hasta el momento en que oí á Juan decirme:

—Nos mira. Ha visto que nos habíamos fijado en ella. Muy bien, linda mía. Pronto seremos buenos amigos.

—Pero, ¿cómo?—le pregunté estúpidamente.

—¿Cómo? Bien sencillo. Enviaré á alguien que averigüe quién es y dónde vive, y tú podrás enviarle un palco para el domingo próximo y la oferta de tu amistad. Supongo que su madre será aquella que está sentada detrás de ella y la que está á su lado debe ser su hermana. Parece tan bella como la rubia y más fácil de conquistar, porque tiene el aire tímido. ¡Es chocante cómo las tímidas me conquistan!

Y lanzó nuevas miradas al palco.

No respondí nada ni volví á mirar más del lado donde estaba sentada, pero trabajaba aquel día con más entusiasmo que había trabajado nunca.

Entonces, por primera vez, hice algo que después no ha sido hecho jamás por nadie. El primer toro era noble y bravo—conozco bien la especie.

Inmediatamente que los espectadores pidieron que toreara el *Pequeño* (1)—tal era el apodo que me daban,—tomé una capa y cuando el toro me perseguía me detuve bruscamente, le hice frente y envolví mi cuerpo con la capa. El animal estaba á seis pasos de mí, cuando mi mirada, encontrándose con la suya, le hizo detener su carrera; pero antes que quedara completamente parado, sus cuernos estaban á menos de un paso de mí. El público me aplaudió y aclamó como si aquello fuera maravilloso, como si el toro hubiera podido no detenerse donde se detuvo.

Entonces levanté los ojos. Ella había debido de observarme, puesto que tomó la rosa carmesí de sus cabellos y me la arrojó gritando:

—¡Bien, muy bien, el *Pequeño*! (2)

En el momento en que recogí la rosa y después de haberla llevado á mis labios la oculté en el pecho, comprendí cuanto encierra la vida de alegría triunfadora.

Entonces me dispuse á demostrar cuanto podía yo hacer y cuanto hice entusiasmo al público. Finalmente, clavé las banderillas, siempre por delante del toro,

porque dos veces, golpe tras golpe, intentó en vano herirme, y la muchedumbre me hizo una ovación tal que, aunque yo fui saludando á todas partes y corriendo á reunirme á mis compañeros, pasaron diez minutos antes que la lidia pudiera ser reanudada.

No me había atrevido á mirar de nuevo á aquella mujer, no; quería yo guardar en mi memoria la expresión que había tenido su rostro en el momento en que me había arrojado la rosa.

Aquella tarde, cuando terminó la corrida, volvimos á encontrarnos. Juan lo había arreglado todo y hablaba ya con verdadera intimidad con la madre, con la hija y con la sobrina, mientras que yo, temeroso y preocupado, guardaba silencio.

Ya juntos nos dirigimos todos—lo recuerdo bien—á un restaurant de la Puerta del Sol, donde comimos. La madre nos contó que habían venido del Norte; Albareda era el apellido de su familia; su hija se llamaba Clemencia y su sobrina Liberata.

Escuchaba yo cuanto decían y atendía á todo, pero apenas abría la boca, en tanto que Juan hablaba de todo, encarecía sus prendas y condiciones y disponía cuanto había de hacerse.

Mientras Clemencia estaba absorta en la conversación, yo la contemplaba á mi placer. Juan invitó á las tres para la corrida del domingo siguiente, prometiéndoles enviarles el mejor palco de la plaza. Preguntó también dónde vivían—una callejuela paralela á la calle de Alcalá,—y les prometió una visita nuestra cualquier día de aquella misma semana.

Se levantaron para marcharse, y dirigiéndose hacia la puerta, Liberata no quitaba los ojos de Juan, mientras Clemencia hablaba apasionadamente con él.

—Tiene gracia—exclamó Juan, volviéndose hacia mí cuando las tres mujeres hubieron partido.—No sé cuál de las dos, si la hija ó la sobrina, es más tentadora. Acaso la sobrina. ¡Mira con ojos tan suplicantes! Y las que expresan tantas cosas con la mirada son siempre las mejores. Sería conveniente averiguar si estas mujeres tienen dinero. Si tuvieran una buena dote, no las habría mejores en el mundo para hacer á uno feliz.

—¿Es ésa tu verdadera opinión?—le pregunté anhelante.

(1) En español en el original.

(2) En español en el original.

—Si—respondió.—¿Por qué?

—Porque en ese caso déjame á Clemencia. Ciertamente tú podrías conquistarla si quisieras. Para ti, además, no habría diferencia entre una y otra, ¡pero para mí!... Si no me caso con esa mujer, no me casaré jamás.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó burlonamente.— ¡Pues no te precipitas poco! Pero yo haré eso y mucho más por ti... Por otra parte, la sobrina me agrada más.

Así quedó el asunto decidido entre nosotros. Haciendo un esfuerzo de memoria, yo podría recordar otros muchos detalles que con el tiempo se han hecho confusos y borrosos. Puedo decir solamente que Juan y yo las veíamos frecuentemente, que Juan hacía el amor á la sobrina y que yo, de tarde en tarde, dirigía embarazadamente algunas palabras á Clemencia.

Unos tras otros se sucedían los domingos, y Clemencia y yo llegamos á conocernos muy bien. No coqueteaba como las demás mujeres; la amaba yo tanto ó más que antes y me produjo una gran alegría advertir que era soberbia y orgullosa.

Me encantaba. ¿Por qué? No sabría explicarlo. Poco á poco iba descubriendo sus defectos, pero estos defectos mismos me parecían seductores.

Su orgullo era insensato. Me acuerdo que un domingo, después de los toros, entré casualmente en un restaurant, donde la hallé con su madre. Estaba yo aún en traje de torero y llevaba en la mano un ramo de rosas que una señora me había arrojado á la arena.

Tan pronto como vi á Clemencia me dirigí hacia ella, y...—ya sabéis que éste es un privilegio de los matadores en España, aunque no conozcan á la dama á quien se dirigen (1)—, guardando para mí una rosa del ramo, se lo ofrecí como á la mujer más bella de todas las bellas. Procedente de una de las provincias del Norte, desconocía la costumbre y pareció disgustarla mi galantería.

Quando le expliqué aquel uso netamente español, replicó muy enfadada que le parecía una costumbre monstruosa y que no permitiría jamás á un simple matador

tomarse esa libertad con ella, á menos que lo conociera y estimase. Juan le hizo diciendo algunos reproches; yo callaba.

Sabía yo bien las cualidades que requería nuestra profesión y no creía que fuera necesario defenderla. Creo que durante este período me convencía de que su nombre, Clemencia, no se acomodaba bien con su carácter. En último extremo, era indiscutible que aquella mujer tenía dos cualidades admirables: valor y orgullo... Casi al comienzo de nuestra amistad quiso saber por qué no me convertía de banderillero en espada.

—Un hombre sin ambición—afirmó—es como una mujer sin belleza.

Esta ocurrencia me hizo sonreír y le repuse que mi ambición se concretaba á hacer bien mi trabajo, y que los triunfos y adelantos vendrían á su debido tiempo.

El amor que la profesaba parecía haber matado todas mis ambiciones... Pero no. No se sentía satisfecha aunque Juan y otros le habían dicho que mi posición era ya más brillante que la de la mayor parte de los espadas.

—Hace—le había dicho Juan—con la capa y las banderillas cosas que ningún espada se atrevería á imitar. Su situación es envidiable; pero, además, para ser espada le faltan estatura y fuerza.

Estas palabras parecieron convencerla, pero yo estaba á sus ojos un poco rebajado. Pocos días después, yendo de paseo, le dije:

—Si queréis verme trabajar de espada, no tenéis más que decirlo.

—¡Oh, no!—respondió con voz velada, que denotaba la mortificación que producía á su orgullo hablar de esto.—Si, como Juan asegura, no podéis hacerlo, ¿para qué habíais de intentarlo? Fracasar es peor que tener ambición.

—Bien—le respondí.—Ya lo veréis.

Después, haciendo un esfuerzo, porque ante la presencia de aquella mujer todo mi valor desaparecía, le dije:

—Si vos me amarais, llegaría á ser el primer espada del mundo en la próxima temporada.

Se volvió hacia mí y me miró fija y escudriñadoramente.

—Ciertamente, yo querría si eso fuese posible.

—Escuchad—le dije.—Os amo como mi madre amaba á la Virgen; mandadme ser espada y lo seré por vuestro amor.

(1) De este privilegio, descubierto por Frank Harris, no teníamos en España la menor noticia.

—Todos los hombres dicen cosas parecidas. Pero el amor no puede hacer á los hombres altos y fuertes.

—No; pero es que la estatura y la fuerza no valen tanto como el valor y el ingenio. ¿Me amáis vos? Esa es toda la cuestión.

—Siento afecto por vos. En cuanto á amaros... El amor se dice que viene después del matrimonio.

—¿Os casaríais conmigo?—le pregunté anhelante.

—¡Sed espada y venid á preguntármelo!—replicó riendo alegremente.

Al día siguiente fuí á visitar al Duque. Los criados se negaban á dejarme pasar hasta que supieron mi nombre y les advertí de la invitación que el Duque me había hecho.

El noble prócer me recibió cariñosamente y le enteré de mi deseo en breves palabras.

—Pero —me dijo—¿habéis tenido alguna vez una espada en la mano? ¿Sabéis matar toros? Comprended bien que no queríamos perder nuestro mejor peón de capa y de banderillas para verlo convertido en un espada de segundo orden.

—*Señor duque* (1)—le contesté con firmeza,—con las banderillas hice muchas más cosas que con la capa; creedme, con la espada haré más que con las banderillas.

—Pequeño demonio—me repuso riendo,—os creo. Veamos el modo de daros gusto. Todas las plazas de espada están ocupadas; será difícil hacer un hueco. Pero la Reina me ha pedido que me encargue desde Julio de dirigir las corridas, y entonces os permitiré ensayaros. ¿Os parece bien? Y mientras tanto continuad asombrándonos con la capa y las banderillas, á fin de que no se me pueda acusar de locura cuando ponga vuestro nombre el primero en los carteles.

Agradecí su oferta con toda mi alma y después de un rato de conversación, marché para comunicar á Clemencia la buena nueva.

—Estoy contenta—me respondió sencillamente.—Entre tanto, Juan también podrá ayudaros...

La miré sorprendido de aquellas palabras.

—Sí—continuó con un poco de impa-

ciencia,—está él muy experimentado en esa suerte y seguramente puede enseñaros mucho...

No respondí una palabra. Advertía yo bien que era sincera, que decía lo que creía verdad, pero era del Norte y no sabía ni entendía una palabra de toros. «Así son las mujeres», me dije á mi mismo.

—Sin duda—continuó diciendo Clemencia,—sois muy diestro con la capa y con las banderillas y, sin embargo, como el Duque ha dicho, necesitáis trabajar más que nunca para merecer vuestro ascenso.

Después, con aire de indiferencia, me preguntó:

—¿Podrías presentarnos uno de estos días al Duque? Desearía darle las gracias por el afecto que te demuestra.

Y pensando yo que esto significaba la aceptación de nuestros desposorios, me sentí feliz y se lo prometí. Me apresuré á ver al Duque y hablarle de esto, y una tarde le hice ir al palco, donde se mostró amable, en verdad, pero sin aquella cordialidad que me demostraba siempre que hablábamos solos. Estuvo muy cortés con Clemencia, y le dijo que yo llegaría muy lejos, que una mujer debía sentirse dichosa de tenerme por marido y otras finezas por el estilo. Al cabo de un instante se marchó. A Clemencia aquella frialdad le produjo un efecto deplorable y dijo pestes de él, sin que yo pudiera defenderlo, puesto que jamás le había visto tan frío y tan reservado.

Durante todo aquel mes de Mayo trabajé más y mejor que nunca. El director me anunció que tomaría la alternativa como espada el primer domingo de Julio. Dos ó tres de los mejores espadas vinieron á decirme que habían sabido la noticia con regocijo y que serían felices teniéndome por compañero. Todo esto me estimulaba, y trabajaba con más fe y mayor éxito.

Para estudiar apelaba yo á todos los arbitrios, y uno de ellos fué el de procurarme las viejas estampas taurinas de Goya, nuestro gran pintor—ya sabéis quién; aquel cuyos cuadros están en el Prado,—y examinándolas logré saber cuanto habían hecho los antiguos matores é inventar, además, varias suertes nuevas. Pero en nada ganaba tantos aplausos como en mi suerte peculiar de la capa.

(1) En español en el original.

Un domingo la había hecho con seis toros, uno tras otro, y el pueblo no cesaba de aclamarme y aplaudirme. Pero el séptimo era una mala bestia y, naturalmente, no intenté lucirme con él. Clemencia, al notarlo, me mandó un recado preguntándome por qué le daba la razón.

He aquí que no me había dado cuenta de que las mujeres estiman más aquello que comprenden menos. El misterio es todo para ellas.

¡Como si la explicación de una cosa difícil la hiciese más fácil!...

Un hombre gana batallas decisivas porque conoce el momento exacto de emplear su acción y se sirve de él. La explicación es sencilla: la aplicación difícil. Es necesario tener el genio de saber cuál es el momento oportuno; esto es todo.

Pero las mujeres no quieren que sólo los hombres sin talento exageren las dificultades de cuanto hacen.

Las grandes personalidades encuentran su obra fácil y lo dicen, y cualquiera puede comprobar que las mujeres hacen poco caso de los hombres superiores y estiman excesivamente á los mediocres.

Clemencia creía realmente que yo debía aprender con Juan la suerte de matar. ¡Ah! ¡Son extrañas criaturas las mujeres!

Después de aquel domingo volvió conmigo á la carga para que hiciera la suerte de capa, tan arriesgada, con todos los toros.

—Si no lo hacéis—me decía,—perderéis la ocasión de llegar á ser espada.

Cuando vió que no le hacía caso y que me contentaba con sonreír, se obstinó más y más en lograrlo.

—Si el público llega á saber que no lo podéis hacer nada más que con ciertos toros, comenzará á tener una pobre idea de vos. Hacedlo con todos y no podrá decir nada.

—No—respondí.

—Si me amáis, haréis lo que os pido.

Como no accedía á su deseo, que era pura locura, comenzó á mostrarme un gran desdén y á burlarse de mí. Después volvió á importunarme con tal insistencia que casi llegué á ceder.

Verdaderamente, me sentía un poco sugestionado, porque cada día parecía

adquirir yo más dominio sobre los toros.

Finalmente, llegó un domingo, el último de Mayo ó el primero de Junio, si no recuerdo mal...

Clemencia, con su madre y su prima, ocupaba el mejor palco de la plaza.

Había ejecutado yo mi suerte de capa con tres toros, uno tras otro, cuando salió á la arena el cuarto.

Apenas apareció advertí que era un toro marrajo y traidor, que traía el corazón lleno de negra rabia.

Mis camaradas se separaron para dejarme hacer la suerte, pero yo no quise, y el público que me amaba y aplaudía cuanto yo nacía, me aplaudió creyendo que estaría yo fatigado.

Pero Clemencia, poniéndose de pie en su palco, gritó:

—¡La capa sobre la espaldal! ¡La suerte de la capa!

Levanté la cabeza hacia ella.

Inclinó el busto sobre la baranda del palco y repitió sus palabras.

Entonces me sentí poseído de un extraño furor, de una airada exasperación contra su locura y su dureza de corazón.

La saludé y volviéndome provoqué al toro con la capa; en el momento en que se lanzó sobre mí bajando los cuernos, lancé la capa alrededor de mí y permanecí inmóvil.

No miré al animal; sabía que era inútil.

Me cogió y me lanzó al aire.

Al caer, el golpe me hizo perder el conocimiento.

Cuando volví en mí, era conducido fuera del redondel, y todos los espectadores tenían fijas sus miradas ansiosas en mi cuerpo, queriendo ver el daño que el toro me hubiera hecho.

Fijé mi vista en su palco y advertí que Clemencia cubría su rostro con un pañuelo.

Me imaginé que lloraba y exclamé en alta voz:

—¡Qué importa! ¡Soy feliz!

Pero separó en esto su pañuelo y vi que no lloraba. No había una lágrima en sus ojos. Parecía sólo sorprendida, un poco anhelante... Suponia, sin duda, que podía yo hacer milagros y no se preocupaba de que pudiera haber sido herido gravemente.

Pasé en el lecho cerca de un mes.

La misma tarde de la cogida el médico

le dijo al Duque, que se había apresurado á ir á verme, que la cornada no había producido lesiones graves; pero que me quedaría cojo, porque los cuernos del toro habían desgarrado los músculos.

—Es un milagro que no haya sobrevenido una hemorragia mortal—afirmó.—¡Y para él los toros han acabado!

Yo sabía de mis fuerzas y de mis propósitos más que el médico, y así, sonriéndome, me dirigí al Duque y le dije:

—Señor, lo prometido es deuda; seré espada en la primera corrida que deis en Julio.

—Sí, amigo mío—me replicó,—si lo deseáis y si podéis... Pero ¿cómo habéis podido cometer semejante falta?

—No he cometido ninguna falta, señor.

—¿Sabíais que ibais á ser cogido?

Hice un signo afirmativo con la cabeza, me miró un momento y me estrechó la mano.

Lo sabía todo, sin duda, y no quiso decirme una palabra.

Aquella noche fué Juan á verme y al día siguiente vi ante mi lecho á Clemencia y á su madre.

Claramente vi que Clemencia estaba apenada y me pidió perdón con palabras que me llegaron al alma. ¡Como si yo hubiera tenido algo que perdonarla estando ella allí, tan esbelta, con su divino rostro empalidecido y los ojos suplicantes!

Bien pronto estuve en estado de levantarme y de mover la pierna, ayudándome con una muleta. A medida que yo iba estando mejor, Clemencia acudía con menos frecuencia á mi casa, y cuando iba, no nos dejaba á solas su madre. ¡Sabía bien lo que esto significaba!

Sin duda ella misma había encargado á su madre que no se separara, porque, aunque la vieja creía que no había en el mundo hombre merecedor de su hija, alguna vez hubiera tenido piedad de mí y nos hubiera dejado solos. Al cabo tenía corazón de mujer. ¡Pero no! ¡Ni una vez solos!...

Entonces se apoderó de mí tenazmente el deseo de curar, con objeto de demostrar á todos—me decía yo á mí mismo—que un Montes cojo valía más que cualquier otro hombre, fuese quien fuese. Y no conociendo la fuerza que tenía en mí la voluntad, el doctor se maravillaba de que mi cura se acelerara con rapidez sorprendente.

Una mañana, hacia fines de Junio, dije al criado del Duque, que todos los días mandaba preguntar por mí, enviándome frutas y flores, que tenía vivos deseos de ver á su dueño. El Duque fué á verme aquella misma tarde.

Le expresé mi gratitud por sus bondades con palabras cuya sinceridad debió ver, y le pregunté en seguida:

—Señor, ¿me habéis anunciado como espada en los carteles?

—No—replicó,—pero todavía hay tiempo. Mas, si yo fuera vos, esperaría hasta la semana próxima.

—Señor Duque, me afligís, creedme. Débil como estoy, yo sabré manejar la espada.

Y como si respondiera á mi pensamiento y no á mis palabras, dijo:

—¡Ah! Se figura ella que no podéis torear más y queréis probarle lo contrario. ¡No me tomaría este trabajo si yo fuese vos! En fin, no nos contrariemos; quedan todavía tres ó cuatro días por delante, volveré á veros para entonces, y si persistís en vuestras intenciones de correr este riesgo, será cosa hecha. Os había dado mi palabra.

Cuando salió de la habitación después de estrecharme las manos efusivamente, tenía yo los ojos llenos de lágrimas, pero estaba contento, seguro de mí mismo y lleno de confianza.

Aparte Antonio el herrero, algunos amigos míos y el criado del Duque, nadie había venido á verme desde hacía una semana.

Tres días después escribí al Duque para rogarle el cumplimiento de su promesa, y al día siguiente Juan, Clemencia y su madre fueron á verme.

Les vi turbados.

Querían saber qué significaba aquello.

Mi nombre figuraba á la cabeza de los demás espadas en los carteles fijados en todas las esquinas de Madrid, anunciando la corrida para el domingo siguiente, y el Duque había agregado debajo de mi nombre en gruesos caracteres:

Á PETICIÓN ESPECIAL

DE

S. M. LA REINA

Respondí solamente que iba á trabajar el domingo próximo.

Noté que Clemencia evitaba mirarme frente á frente.

¡Qué hermoso día fué aquel domingo!

La Reina estaba en su palco, teniendo al Duque cerca de ella, cuando nuestra cuadrilla la saludó; la plaza estaba llena de bote en bote, y *ella*, hermosa como siempre, estaba en el mejor palco que pude obtener para regalárselo.

Ninguna sensación me produjo su presencia. Quería mirarla, quería pensar en *ella*, pero mi corazón estaba muerto. Sin embargo, sabía yo que trabajaba solamente para agradarla.

Cuando el primer toro salió á la arena y comenzaron los chulos á enardecerlo con las capas, el público en masa se levantó y comenzó á vocear estruendosamente:

—¡*El Pequeño!* ¡*El Pequeño!* ¡*El Pequeño!* —protestando cuando los otros querían continuar su trabajo.

Avancé, cojeando un poco, gallardamente vestido con mi traje nuevo de espada y tomé una capa á uno de los hombres.

Provoqué al toro y se lanzó sobre mí la buena bestia; sorprendí su mirada y juzgué que aquello saldría bien: lancé la capa alrededor de mí y volví la espalda al toro.

Vi á todos los espectadores anhelantes, levantarse como movidos por un resorte, y al Duque inclinarse un momento sobre el antepecho del palco.

Después, cuando el toro se detuvo y estallaron los aplausos, devolví la capa y después de haber saludado, me dirigí hacia el grupo de los espadas.

En aquel momento el pueblo me bautizó con un nuevo apodo.

—¡*El Cojol!* ¡*El Cojo!* (1).

Y aplaudían locamente.

Me fué forzoso volver á saludar muchas veces, y cuando me arrodillé ante el palco regio, la Reina me arrojó una petaca de oro.

La conservo todavía; he la aquí.

Ni una sola vez levanté los ojos hacia el palco donde estaba Clemencia y, sin embargo, me parecía estar viéndola á cada momento. ¡Aquel día no me arrojó su rosa!

Llegó el momento en que debía tomar la alternativa, dando muerte á mi primer toro.

Avancé algunos pasos hacia el animal con la *muleta* (1) en la mano izquierda y la espada en la derecha, enseñándola al bicho, sin la superchería que usaban entonces los matadores.

Lo miré fijamente y alzó los ojos hacia mí.

—¡Pobre bestia!—pensaba yo.—Eres más dichosa que quien va á matarte.

No le di pases. Flameé un poco la muleta ante sus ojos dulces y entristecidos, bajó la cabeza y, dejándome caer sobre sus cuernos, le hundi mi espada, derecha, hasta el corazón.

Dobláronse sus patas delanteras, hoció ante mí y, después de un estremecimiento, rodó muerto en la arena.

Al separarme, envolviendo la espada ensangrentada en la muleta, el pueblo delirante voceaba:

—¡Bravo, *el Cojo*, bravo!

Cuando aquel día salí del circo era yo el primer espada de España.

No es mi vanidad quien lo dice ahora.

Lo dijo entonces el Duque, que entendía de ello.

Al domingo siguiente fué la última corrida de la temporada.

Esta segunda vez me porté mejor que la primera y fui contratado para la temporada próxima, como primer espada, ganando cincuenta mil duros.

Por consejo del Duque invertí cuarenta mil en valores, de cuyos intereses vivo todavía, y guardé para mis gastos los otros diez mil.

III

Estaba resuelto á no ver nunca más á Clemencia, y durante algunas semanas cumplí mi palabra.

Un día, Juan me advirtió que Clemencia se hallaba muy disgustada por mi alejamiento.

—Tú ya sabes bien—me dijo—que es soberbia, soberbia como un demonio: no hará nada por verte ni vendrá á buscarte; pero, sin embargo, te ama. Tengo experiencia en estos asuntos y no he visto nunca mujer más apasionada por un hombre. Además, las infelices están en la pobreza; se han comido ya casi todo lo que tenían. Tú eres rico y puedes ayudarlas.

(1) En español en el original.

(1) En español en el original.

Esto me hizo reflexionar. Tenía la seguridad de que Clemencia no me quería. La cosa era evidente.

Aquella mujer no era buena de corazón, porque, de lo contrario, hubiera venido á consolarme y distraerme mientras estuve en cama herido, á causa de su loca terquedad. ¡No! No valía la pena, ciertamente, de que yo sufriera más por ella.

Pero si necesitaba mi auxilio, si realmente era tal su pobreza... ¡oh! yo no podía consentirlo, debía ir á verla...

—¿Estás seguro de lo que dices?—le pregunté á Juan.

Y después que me hubo afirmado sus palabras, le dije:

—¡Mañana iré á visitarlas!

Y al día siguiente fui. Clemencia me recibió como de costumbre; era demasiado soberbia para hacer alusión alguna á mi larga ausencia; pero su madre sí quiso saber por qué había dejado yo de ir por su casa durante tanto tiempo... En esa ocasión, la anciana pareció mostrarme un poco de afecto.

Le respondí que me hallaba aún convaleciente, lo cual era cierto, y que, además, había tenido muchas ocupaciones.

—Sin duda, ¡alguna hermosa dama que se ha enamorado de vos!—dijo Clemencia con tal acento de burla, que no pude creer que estuviese deseosa de verme.

—No—le respondí mirándola fijamente,—al amor no se le encuentra si no se le busca... y algunas veces, ni aun buscándole, cuando uno es desmedrado y cojo como yo...

Poco á poco se reanudaron nuestras antiguas relaciones. Yo me había vuelto más prudente, y observaba de continuo á Clemencia con ojos penetrantes, como hasta entonces nunca se me ocurrió hacerle.

Noté que había cambiado... que, de una manera imperceptible, su modo de ser iba siendo muy diferente. Estaba más cariñosa conmigo, pero al mismo tiempo su carácter se acentuaba más firmemente que nunca.

Me acuerdo de que entonces observé en ella una particularidad que se me había escapado antes: su admiración por las cualidades puramente físicas del hombre estaba abiertamente declarada. Las noches en que íbamos al teatro, que eran muy frecuentes, notaba yo que los acto-

res de buena presencia tenían para ella un gran atractivo, de lo cual no me había yo apercebido hasta entonces. Me parecía haberla visto siempre indiferente ante las cualidades físicas, aparte de una vaga inclinación femenina hacia los hombres corpulentos y fuertes. Pero ahora criticaba sus formas. Indudablemente había cambiado...

¿A qué obedecía esto? No me era posible adivinarlo. ¡Pobre de mí que estaba loco! No sabía entonces que una mujer buena y honesta no se preocupa más que rara vez ó nunca de las cualidades simplemente corporales de un hombre.

Poco después empezó á hablar en elogiosos términos de los hombres de la España meridional; antes aseguraba admirar á las mujeres del Mediodía, pero hacer poco caso de los hombres. Ahora admiraba á los hombres también; afirmaba que tenían el corazón más ardiente, que había en ellos más amor y más pasión y que eran en su trato con las mujeres más dulces que los del Norte... Confiaba yo en que todo eso lo decía por mí, figurándome que su corazón empezaba ya á latir con el mío, y me sentía dichoso y ufano, aunque me parecía imposible tanta felicidad.

Un día de Octubre les hice una visita acompañado de Juan y las hallamos ocupadas en desalojar la casa. Les era preciso marcharse, nos dijeron, para tomar otra habitación más barata.

Juan me miró y yo hice que, con un pretexto cualquiera, se llevase á Clemencia á un cuarto inmediato. Entonces hablé con la madre. Clemencia sería pronto mi mujer, de realizarse mis deseos. Por lo tanto, yo no podía consentir que se viese privada de algo. Al día siguiente les entregaría mil duros y no tendrían que pensar en abandonar su comfortable instalación...

La anciana rompió á llorar, diciéndome que era muy bueno, que Dios había hecho pocos hombres como yo, y así toda una retahíla de bendiciones.

Al día siguiente le llevé el dinero y la cosa quedó entre nosotros. Clemencia no se enteró de nada...

Recuerdo que por aquella época, á principios de invierno de aquel año, comencé á ver más claramente sus defectos y á notar también en ella una extraña transformación. Se había modificado su ca-

rácter. Antes era bastante uniforme, aunque apasionado: ahora se había vuelto caprichoso é irritable. Había cambiado de un modo grande. Actualmente dejaba, sin protestar, que la besase, y á veces casi parecía no sentir la presión de mis labios, mientras que antes se disgustaba mucho por eso. Si le preguntaba cuándo iba á ser nuestro matrimonio, me respondía como siempre, con negligencia: «¡Pronto, sin duda!» Pero su tono era muy distinto. Cierta vez su respuesta única fué un gran suspiro...

Indudablemente estaba cambiada. Pero ¿por qué causa? Yo no podía darme cuenta de ello. Observaba á Clemencia sin desconfianza, es cierto, pero veía en ella algo extraño —una especie de enigma— desde que se mostró tan cruel cuando mi herida. Y en parte á causa de este sentimiento, en parte á causa de mi gran amor hacia ella, no se me escapaban los más pequeños detalles...

A pesar de esto, seguía instándola á que fijase fecha para nuestro matrimonio: suponía que, una vez casados y al tener una criatura á la que cuidar y querer, desaparecería entre los dos toda desavenencia. ¡Pobre de mí que estaba loco!

El mes de Abril de aquel año recuerdo que fué muy hermoso en Madrid, y ya sabéis cuán grande es el frío que suele reinar en esa meseta y cuán áspero es el viento que, como dicen los madrileños (1), no apagaría una vela, pero mata á un hombre. Clemencia empezó á ponerse pálida y á mostrarse nerviosa. Yo no comprendía aquello. La compasión acrecentaba en mí el amor; la instaba cada vez más para que me dijese cuándo quería que nos casásemos, y un día, volviéndose hacia mí descolorida, me respondió:

—A fines de estación, tal vez.

Con eso me di por satisfecho y dejé de importunarla. Afortunadamente en Mayo se reanudaron las corridas —mi época de esplendor — Había recobrado todas mis fuerzas y me sentía, más que nunca, seguro de mí mismo. Comprendía que me era preciso realizar alguna hazaña para conseguir mi felicidad y, en una de las primeras corridas á la que asistieron la Reina, el Duque y Clemencia, maté al toro con mi espada tan pronto como le hicieron salir y antes de que estuviese

fatigado. Desde ese día fuí el ídolo del pueblo. No podía pasar por la calle sin ser aclamado, y la gente me seguía á todas partes, muchos nobles me invitaban á visitar su casa y las más distinguidas damas me tenían en gran aprecio. Pero yo no me preocupaba de esto porque durante esa época Clemencia fué muy buena conmigo y me hacía por completo dichoso.

Un día me preguntó súbitamente por qué motivo no nombraba espada á Juan; le contesté que ya en una ocasión le había ofrecido el primer puesto en mi cuadrilla y que él había rehusado. Entonces me replicó que la actitud de Juan era natural y comprensible, puesto que yo le había aventajado, pero que bien podría conseguirse que fuese el Duque el que le hiciese espada. Le contesté riendo que el Duque no podía hacer espadas, ¡porque eso era cosa de Dios y de los padres de uno!

Clemencia arrugó el entrecejo y dijo que nunca me hubiera creído capaz de envidia tan mezquina.

Le declaré formalmente que desconfiaba del éxito de Juan como espada, pero que, sin embargo, haría todo lo posible para que lo fuese. Entonces enlazó sus brazos á mi cuello, diciéndome que tal conducta era digna de mí y que ella misma se lo contaría á Juan. En vista de eso, no supe hacer nada mejor que cubrirla de besos apasionados...

Hablé con Juan, el cual me dijo que se sentía con ánimos para desempeñar su misión tan bien, por lo menos, como Girvalda, y que, si lograba para él dicho puesto, me quedaría eternamente agradecido.

Me fuí á ver al director y le expuse con claridad mi deseo. Al principio se negó resueltamente á complacerme, asegurando que Juan no tenía talento ninguno y que no conseguiría con su loco empeño más que hacerse matar. Como yo insistí, pretextó que todos los puestos de espada estaban ya ocupados y arguyó otras excusas parecidas; pero yo terminé declarándole que no trabajaría más si no dejaba á mi amigo que probase fortuna. Entonces accedió, aunque á regañadientes...

Dos domingos después, Juan entró por vez primera en la arena ejerciendo de espada. Estaba magnífico en su papel,

(1) En castellano en el original.

resplandeciente dentro de su traje azul bordado de oro; nunca se habrá visto hombre de más soberbia apostura. Su madre se hallaba aquel día en el palco de Clemencia. En el instante en que iba á principiar la corrida, cuando ya nos separábamos, Clemencia me llamó aparte y me dijo:

—Vos velaréis por él y le ayudaréis al éxito, ¿verdad?

—Sí, os lo aseguro—le respondí;—no tengáis cuidado. Todo irá perfectamente.

Y así fué, aunque... sin la recomendación de Clemencia, hubiese podido ser todo lo contrario. Yo no me olvidé de mi promesa, y cuando vi que el toro destinado á Juan no era de ley, rogué á otro espada que lo matase y escogí para Juan un toro fácil, al que tuve buen cuidado de fatigar antes de que llegase el momento supremo. Juan no era cobarde, pero no poseía el valor temerario que se necesita para el caso. El ánimo del matador debe elevarse á la altura del peligro y el ánimo de Juan no se elevaba mucho. Estaba muy pálido, pero decidido á todo. Lo comprendí y le dije:

—¡Ea, vamos! ¡No pierdas tiempo, no le dejes tomar aliento, ésta es la ocasión; yo estaré junto á ti como si fuese de tu cuadrilla!

Y no me aparté de su lado, y de no haberlo hecho así, la suerte tal vez no le hubiera favorecido.

Como es natural, pasamos todos reunidos la velada. La señora de Alvareda pretendía que aquello era una verdadera tertulia (1), pero Clemencia permanecía silenciosa, con sus grandes ojos sombríos clavados en sus pensamientos, y la señorita Liberata y yo no estábamos muy habladores, mientras que Juan charlaba por todos juntos.

Tanto como se había achicado en la prueba, se vanagloriaba ahora del éxito, olvidándose, no solamente de su falta de serenidad, sino también de que había necesitado dos intentos para tumbar al toro. Equivocó el primer golpe y, en el segundo, aunque obligó al toro á arrodillarse, no le alcanzó el corazón. Pero Juan, sin embargo, estaba entusiasmado, no cesaba de describir al toro y de contar la manera como le había herido, mientras su madre le escuchaba encantada.

Era ya más de media noche cuando salimos de casa de nuestras amigas, y Juan, durante el tiempo que tardamos en llegar á la mía, no hizo más que hablar del sueldo que le ofrecería el director.

Yo estaba contrariado; Juan había charlado de un modo tan excesivo, que no me dejó apenas cambiar una palabra con Clemencia; ésta tuvo sólo el tiempo preciso para decirme que tenía mucho dolor de cabeza...

Juan quiso subir á mi casa; deseaba saber si yo vería al día siguiente al director, con objeto de conseguir de él un contrato formal. Por fin, me pude desembarazar de él, diciéndole que estaba rendido de cansancio y que era mejor esperar á que el director fuese á solicitarle su trabajo. Y así nos separamos.

Cuando me quedé solo, permanecí algún tiempo preguntándome la causa de que Clemencia, desde algún tiempo á esta parte, estuviese tan pálida... También había enflaquecido mucho...

¿Qué idea fija la atormentaba, haciéndole tomar una expresión tal de ensimismamiento?

A la mañana siguiente me desperté muy tarde, y como tenía bastante que hacer, resolví dejar para el mediodía mi visita á Clemencia. En un momento que tuve libre fui á ver al director. Este me habló de Juan como de un hombre sin condiciones y algo torpe; pero cuando tomé su defensa, consintió en contratarle para los cuatro domingos siguientes.

Era un resultado mejor del que esperaba, y apenas hube terminado mis asuntos, me fuí á ver á Juan para darle la buena noticia.

Hallé á su madre en la puerta de la calle, hablando con algunas mujeres; al verme entrar me siguió hasta el patio (1) para decirme que Juan había salido.

—No importa—le contesté,—traigo para él buenas noticias; subiré á su cuarto y le esperaré allí.

—No—me replicó vivamente,—no hagáis eso, no es preciso; á Juan tal vez pudiera disgustarle.

Entonces yo me eché á reír.

—¿Disgustarse Juan por eso? Sería gracioso, cuando hemos vivido juntos tantos años y no tenemos secretos el uno para el otro...

(1) En castellano en el original.

(1) En castellano en el original.

Pero ella se obstinó en su empeño y acabó por exaltarse de un modo extraño.

—Vaya, es inútil—me dije;—estas mujeres no comprenden las cosas.

Y decidí marcharme, rogándola que me enviase á Juan en cuanto volviese... Así pareció tranquilizarse súbitamente y se me deshizo en excusas. Fué su cambio tan brusco que, después de haber recorrido ya como unos cien pasos calle abajo, no pude menos que asombrarme por ello. De pronto mi asombro se convirtió en sospechas: Juan no había salido... ¿Quién estaba con él que yo no podía saberlo? Como me detuve involuntariamente, apercibí del otro lado de la calle á un hombre que me saludaba. Me fuí hacia él y le dije:

—Amigo mío, soy Montes el matador. ¿Es ésta vuestra casa?

Me respondió que sí y que ya me conocía, como me conocía en Madrid todo el mundo.

—Cededme por una hora una habitación en el primer piso, le rogué: cosa de mujer (1), ¿comprendéis?

Me condujo arriba y me mostró un cuarto desde cuyas ventanas se veía perfectamente la puerta de la casa de Juan. Le di las gracias y, cuando me dejó solo, me instalé junto á la ventana fumando y reflexionando...

¿Qué podía significar aquello?... ¿Habría algo de común entre Juan y Clemencia?... Ella fué la que obtuvo de mí que él debutase como espada... Ella me recomendó que velase por él... Él era meridional, y ella tenía gran predilección por los meridionales: «Son apasionados y dulces con las mujeres...» Luego su palidez, su tristeza constante... Pensaba yo todo eso, y cada cosa iba tomando en mis recuerdos su verdadero lugar. Veía ahora claramente lo que antes se me aparecía misterioso, pero luchaba aún sin querer aceptar la evidencia de la razón. ¡No! ¡Esperaría á verlo! Entonces... Pronto recobré mi tranquilidad. Mas los otros pensamientos siguieron asaltándome como esas moscas que, en el verano, atormentan á las bestias, y de nuevo quise ahuyentarlos, y volvieron á asaltarme de nuevo.

De pronto vi á la madre de Juan que salía á la calle aparentando un aire des-

cuidado... Con fingida indiferencia miró á uno y otro lado, como si buscase á alguna vecina... Después volvió á entrar en el patio, poniendo cierto misterio en su decisión repentina... A poco salió de allí una forma para mí muy conocida y, con andar firme y reposado, remontó la calle... Era Clemencia, como mi corazón había previsto... La hubiera reconocido de todos modos, pero para mayor evidencia, al pasar bajo la ventana desde donde yo la espía, se echó atrás la mantilla con esa gracia altiva en el gesto que yo había admirado tantas veces.

Como volviera la cabeza para asegurarse de que llevaba bien puesta la mantilla, pude verle el rostro y noté que estaba desencajado, adolorido por el sufrimiento... Esto me hizo sonreír satisfecho.

Cinco minutos después, cuando Clemencia había ya desaparecido, asomé Juan en el umbral de la puerta, vestido de espada—no se quitaba el traje ni para dormir—y con un cigarrillo entre los labios... Me sentí lleno de tristeza y de piedad. ¡Habíamos sido tan buenos amigos!

Yo ahora me lo explicaba todo claramente; sabía, como si tuviese pruebas de ello, que las relaciones de ambos databan de la época en que guardé cama á causa de mi herida... Creyéndome incapaz de hacer algo, y no habiéndome profesado nunca un verdadero afecto, Clemencia dejóse llevar de su inclinación, haciendo lo posible por conquistarse á Juan. Lo había conseguido fácilmente, pero no hasta el punto de conseguir una promesa seria de matrimonio... Más tarde me obligó á hacer espada á Juan, esperando vanamente que se casaría con ella al mejorar de situación...

¿Razones que tuvo Juan para engañarme?... Primeramente el dinero que yo le daba á la madre de Clemencia, lo que le eximía á él de ayudarlas; luego... sin mi influencia, no hubiera conseguido nunca ser espada. La conducta de ambos era innoble.

Súbitamente los celos se apoderaron de mí, al recordar la admiración que mostraba Clemencia por los hombres bien desarrollados, y me la imaginé en brazos de mi amigo. La piedad, la tristeza y la cólera desaparecieron en mí, y en el momento en que él, con andar decidido, pasaba bajo mi ventana, me eché á reír con fuerza.

(1) En castellano en el original.

¡Desdichados imbéciles! ¡Yo también sabía engañar!

Apenas volvió Juan la esquina de la calle, bajé yo de mi observatorio, mostrándome muy agradecido con el dueño por su hospitalidad...

—Puesto que habéis sido tan amable conmigo—le dije,—deseo que el domingo próximo presenciéis la corrida desde un palco (1). Id á buscarme, que yo no os olvidaré.

Me dió las gracias con frases interminables, añadiendo que no había faltado nunca á ella, desde que, tres años antes, me vió trabajar con la capa.

Le pedí permiso, sonriendo, para irme á mi casa, donde sabía que me estaba aguardando Juan.

Cuando entré en ella, éste se levantó y vino hacia mí en actitud de duda ó de temor. Pero yo, riéndome con alegre risa de buen humor, fingida como por un actor consumado, le di la noticia:

—¡Contratado! —le grité dándole un golpecito amistoso en la espalda. El director te ha contratado por cuatro domingos, cuatro. ¡No te quejarás de tu suerte!

Estas últimas palabras me hicieron reír con más ganas todavía, con júbilo... Por eso, temiendo exagerar mi papel, me senté tranquilamente y escuché durante algún tiempo desbordarse su vanidad satisfecha. Al abandonarme para ir á proparar la noticia de café en café, me fué necesario contener el desprecio que me inspiraba evocando la otra imagen, esforzándome por verles el uno en brazos del otro.

De ese modo recobré mi calma y salí para encaminarme á casa de mi prometida.

Clemencia había ya regresado y me recibió como de costumbre, pero con cierta desconfianza que no solía tener conmigo.

—Siente remordimientos de engañarme—pensé, leyendo en su alma como en un libro abierto...

Le noticé la contrata de Juan, y entonces dejó escapar estas palabras:

—Hubiera querido saber esto antes.

Yo hice como que no le prestaba atención. Me divertía ver cuán poco hábil era para fingir y cuán ciego había yo es-

tado... Me burlaba de ella, como antes ella se burló muchas veces de mí.

—Este Juan irá muy lejos—le dije—irá muy lejos una vez que ya está puesto en marcha. Sí, muy lejos en poco tiempo...

Y me reía interiormente de doble sentido de mis palabras, mientras ella volvía hacia mí sus ojos asombrados

—Sus antiguas novias—continué—se lamentarán bien pronto de la distancia que le separará de ellas. Si, Juan irá lejos y las dejará á todas muy atrás.

Una sombra pasó por su rostro y yo añadí en seguida:

—Y á fe que es digno de esa suerte. ¡Es tan guapo, tan amable, tan generoso, tan leal!

Clemencia entonces no pudo contener sus sollozos; me aproximé á ella y le pregunté como si me asaltase una sospecha:

—¿Qué es lo que os sucede, Clemencia?

Entre sollozos me dijo que no sabía lo que le pasaba, que se encontraba mal, trastornada, nerviosa; además tenía mucho dolor de cabeza.

—¡Dolor de corazón!—afirmé yo entre dientes, con burla, y le aconsejé que se acostase; le convenía el reposo. Le prometí volver al día siguiente y, cuando ya iba á marcharme de la habitación, me llamó y, echándome los brazos al cuello, me suplicó que la perdonase, que me debía ser muy fastidiosa, pero que pronto me desquitaría de ello... Yo procuré consolarla—¡pobre estúpida!—y me fuí.

Pasó el tiempo. Cada día que transcurrió desde que vi claro en el asunto, pude proporcionarme un nuevo entretenimiento; porque, á pesar de su engaño, no eran felices ni uno ni otro. Yo estaba al corriente de todo... Comprendía que Juan, amante de su libertad, aconsejaba á Clemencia que estrechase nuestras relaciones y veía lo mal que ella representaba su papel. Antes, todo este juego me hubiera pasado desapercibido... Y, por eso, me burlaba de mí mismo y de mi ceguera anterior, más aún que de ellos... Me divertía también observando que Liberata desconfiaba, no creyendo mucho en las protestas de Juan... De cuando en cuando, con crueldad femenina, clavaba el puñal de su duda y de su recelo en el corazón de Clemencia.

—¿No habéis notado—me insinuaba—que Clemencia está muy pálida y muy delgada? Es el amor, indudablemente. Yo

(1) En español en el original.

creo que debe casarse cuanto antes...— Y al mismo tiempo me maldecía interiormente por mi simpleza, ignorando que yo me burlaba hasta de mí mismo.

Esta comedia me divertía extraordinariamente, porque yo era dueño de la trama y podía hacer bajar el telón y terminar con ella cuando quisiese.

La madre de Clemencia también se esforzaba á veces por divertirme, ocupándose de los cuidados domésticos con los ojos turbados, pero con el estómago satisfecho por las comodidades que la rodeaban... Por eso creía conveniente cultivar mi ceguera, cuando entre comida y comida experimentaba el temor de perder todo aquello. ¡Su comportamiento me divertía mucho! Cuando trataba de engañarme, el recuerdo de mi inconcebible y estúpida confianza anterior me producía una verdadera tortura...

Yo veía muy poco á la madre de Juan; y tal vez por eso la apreciaba bastante... Me parecía una buena mujer, que no estaba acostumbrada á fingir... Juan era su ídolo; todo lo que él hacía se le antojaba perfecto y no le suponía capaz de tan despreciable conducta.

Juan seguía conmigo muy cariñoso, otorgándome, al parecer, la fraternal amistad de siempre... Ya no me demostraba su envidia por medio de frecuentes alusiones á mi buena fortuna. Desde la época de su debut, aparentaba tener por mí tanto respeto como su vanidad le permitía. No se vanagloriaba ya, como antes, de su estatura y de su fuerza... Una vez, sin embargo —creo que era un viernes por la tarde,— felicitó á Clemencia por el gran amor que yo la profesaba é hizo algunas bromas sobre nuestro matrimonio. Entonces comprendí que había llegado el momento de dejar caer el telón y acabar de una vez con la farsa.

El sábado me fuí á la plaza y mandé que se adornase con flores mi palco. De allí dirigíme á casa del Duque. Este me recibió como siempre, con mucha amabilidad; notó en mí cierto aire de sufrimiento y me preguntó si aún me resentía de mi antigua herida.

—No —le respondí,— no, señor duque (1), y si he venido hoy á veros es únicamente para daros las gracias una vez más por todas vuestras bondades.

Después de una pausa, el Duque me dijo (recuerdo muy bien sus palabras):

—Montes, algo de particular os ocurre... No es prudente nunca adorar á una mujer: las mejores no lo agradecen, comprendiendo, supongo, que no son merecedoras de ello y, á medida que más se acercan á la generalidad, más necesitan y desean un amo que un esclavo... Mis cabellos han encanecido aprendiendo esto, Montes; una mujer puede ser encantadora y, sin embargo, no tener corazón y... no ser buena. No obstante, sería un insensato el que abominase de las nueces porque la que parece hermosa suele estar vacía.

—Habláis muy sabiamente, señor duque—le contesté;—he sido un insensato. Hago votos para que nunca experimentéis el menor daño, pero la prudencia y la locura pueden llevar á un mismo fin.

Cuando le dejé, me fuí á casa de Antonio á darle las gracias y le entregué un sobre cerrado que no debía abrir hasta transcurridos ocho días. Este sobre encerraba tres cartas: la primera para él, la segunda para la madre de Juan y la tercera para la madre de Clemencia, y cada una contenía tres mil duros. Como era el dinero lo que las había movido á engañarme, quería yo probarles con dinero mi desprecio.

Luego volví á la plaza y, al mirar á mi palco, vi que su parte delantera había sido adornada con flores blancas y rojas.

—Blancas por la pureza y rojas por la sangre—me dije sonriendo:—es un marco adecuado.

Y regresé á mi casa, donde dormí con el sueño de un niño.

Al día siguiente, en la plaza, maté los dos primeros toros, uno en su primer ataque y el otro después del juego acostumbrado... Después me reemplazó otro espada, y más tarde llegó su turno á Juan.

Mientras el toro tomaba aliento unos segundos, eché una mirada al palco.

Estaban allí todas: Clemencia y la señorita Liberata, con sus rostros sonrosados; detrás, á espaldas de ellas, la madre de Juan.

Juan, esta vez, se encontraba más nervioso aún que el domingo pasado.

Cuando su toro entró en la plaza, me preguntó rápidamente:

—¿Te parece á ti fácil?

Como yo le respondiese con indiferen-

(1) En castellano en el original.

cia que todos los toros eran fáciles, su agitación pareció aumentarse.

Preparado ya el toro, volvióse Juan hacia mí, pasándose febrilmente la lengua entre los secos labios.

—Tú estarás á mi lado, ¿verdad, Montés? Yo le contesté riendo:

—Estaré á tu lado como tú estuviste siempre al mío.

—Sí, siempre hemos sido buenos amigos.

—Tendré por ti la abnegación que tú has tenido por mí—agregué.

Me coloqué á su derecha, examinando al toro. Era un animal excelente: no podía haber dado con otro mejor. En sus ojos leí una decisión terrible y un frío coraje: estaba dispuesto á no ceder nunca.

Me estremecí de alegría y, sin apartar mi mirada de la suya, le prometí venganza. Bajando sus cuernos ante la muleta me miró aún y yo le miré; cuando observé que Juan le apuntaba con la espada é iba á herirle, levanté la cabeza con un movimiento de lado, como si fuese yo el toro; el bravo animal siguió el mismo movimiento. Entonces... entonces toda la plaza me pareció girar de júbilo ante mí y, no obstante, pude oír el grito y ver á la gente que se ponía en pie... Un poco más tarde entraba yo en casa de las señoras de Alvareda; vino á abrirme la madre; lloraba amargamente y las lágrimas corrían por sus mejillas gruesas y relucientes.

Me dijo que Clemencia se había desmayado y fué preciso traerla á casa; que Juan había muerto despanzurrado; que su madre estaba como loca; que era una verdadera lástima de hombre tan guapo, tan bueno, tan generoso... que los toros no debían permitirse y—viendo que yo no quería oírle, lleno de repugnancia—que Clemencia estaba en su habitación llorando.

Subí al primer piso y entré en su cuarto. Se hallaba sentada, con los codos apoyados en la mesa y los cabellos cayéndole alrededor del rostro y sobre la espalda: al entrar yo se me quedó mirando con los ojos inmóviles. Como cerré la puerta tras de mí y, cruzado de brazos, me puse á contemplarla con fijeza, se levantó, retrocediendo lentamente hasta llegar á la pared, y su mirada tenía una expresión profunda de sorpresa y de horror; luego, sin abrir los labios, murmuró:

—Habéis sido vos... ¡Vos le habéis ma-

tado!... ¡Lo conozco en vuestros ojos!...

Mi corazón saltaba de alegría, bajo mis brazos cruzados, y respondí también entre dientes:

—¡Sí, he sido yo!...

Apenas hube pronunciado estas palabras, cuando vino hacia mí, llena de furor y de odio, arrojándome un torrente de injurias y maldiciones. Vomitaba sus invectivas, salidas de lo más hondo de su alma: yo era vil y cobarde y despreciable, era una bestia nutrida de inmundicias, era... ¡Dios sabe qué! Y él, un hombre magnífico, bueno y fuerte, con la figura de un Dios y la más hermosa complexión que se ha visto nunca... ¿Cómo me imaginé que podía ella amarme, á mí, un desgraciado, feo y cojo, estando él en el mundo?... Y se echó á reír nerviosamente... No, no hubiera consentido jamás que mis labios tocasen los suyos, de no ser por su madre que me tenía algún afecto y cuyos deseos quiso complacer... ¡Y ahora yo le había matado cobardemente á él, mi mejor amigo!... ¡Qué odioso crimen!... Después se golpeó la cabeza con los puños, preguntándose cómo podía Dios permitirme que matase á un hombre cuyo dedo meñique valía mil vidas como la mía!

Entonces le interrumpí riéndome:

—Os equivocáis, Clemencia. Sois vos y no yo quien le ha matado. Vos le hicisteis espada... ¡Sois vos!

Mientras le decía esto, sus ojos se dilataron y abrió la boca haciendo un esfuerzo para hablar... pero sólo pudo articular un gemido... y cayó de bruces en tierra.

Salí de la habitación en el momento en que acudía su madre.

Montés se interrumpió emocionado. Después de una pausa agregó:

—Á la mañana siguiente supe que había muerto á consecuencia de un aborto... Aquella misma noche abandoné Madrid y me vine á este sitio donde he vivido desde entonces, si á esto se le puede llamar vivir... Y, sin embargo, sería dichoso si no me atormentase constantemente una idea fija y cruel... ¿El remordimiento, decís? ¡Oh, sí!

El anciano se incorporó, mientras sus grandes ojos centelleantes de pasión se clavaban en los míos.

—¡El remordimiento... de haber dejado que el toro le matase! ¡Yo debí estrangularle con mis propias manos!

FIN

SELLOS PARA COLECCIONES

PARA VENDER EN KIOSCOS Y PUESTOS DE PERIODICOS

LOS MÁS BARATOS DEL MUNDO

Del 75 al 90 % de rebaja sobre todos los catálogos.

Colocados en hojas que contienen de 18 á 20 sellos, según el tamaño de éstos. En estas hojas no hay ningún sello vulgar.

PAQUETE-MUESTRA

CONTIENE

10 hojas para vender á cinco céntimos cada tres sellos.

10 hojas para vender á cinco céntimos cada dos sellos.

5 hojas para vender á cinco céntimos cada sello.

Precio del paquete franco y certificado: 10 pesetas, pago anticipado.

PAQUETE-NEGOCIO

25 hojas para vender á cinco céntimos cada tres sellos.

25 hojas para vender á cinco céntimos cada dos sellos.

10 hojas para vender á cinco céntimos cada sello.

Precio del paquete franco y certificado: 20 pesetas, pago anticipado.

Libretas con sellos á escoger conteniendo de 95 á 100 ejemplares diferentes, catalogados desde 0,15 á 10 pesetas cada uno, con 50 % de descuento.—Para recibir estas libretas es necesario hacernos un depósito de 6 pesetas como minimum. Aumentando la cantidad que se nos deposita, se envían libretas conteniendo sellos de más crecido valor. El coleccionista escoge los sellos que le convengan y devuelve la libreta para recibir en cambio su liquidación ó una nueva libreta, aumentando la cantidad depositada.

LIBRETAS PARA KIOSCOS

Cedemos estas mismas libretas á los corresponsales y libreros y á quienes quieran dedicarse á este negocio, con el 65 % de descuento en el «Catálogo Gálvez» ó en cualquier otro que se nos indique, pero no para escoger, sino en venta firme. Con los bellos ejemplares de estas libretas puede ganarse bastante dinero. Como ensayo enviamos la primera libreta con el 75 % de descuento. Pago anticipado. Quien compre una, comprará muchas.